

LA IGLESIA LOCAL Y LA UTOPIA DEL REINO DE DIOS por Arturo Baspineiro

«Quien no quiere el cielo en la tierra, produce el infierno».¹ Quien hace de la iglesia local un espacio fraterno, inclusivo y alternativo al deshumanizado andar de nuestro mundo, trabaja para que Dios reine armoniosamente entre los seres humanos y para que se vea su justicia y buena voluntad para con ellos y con la creación.

Sin embargo, quien no quiere el reinado justo de Dios en la iglesia toma a ésta cautiva y ata su destino a controles que benefician al sistema imperial que somete hoy a nuestro mundo. Así se pierde la pertinencia que tiene la iglesia para la vida de los seres humanos. Entonces ocurre que la relación con Dios se torna difícil y mediada por los intereses de quienes la dirigen.

¿Es posible que esta imagen de un reinado de Dios justo a partir de la iglesia local se concrete en el imaginario y el corazón de sus discípulos hoy? ¿Es posible que la iglesia local pueda al menos emanciparse de este dominio humano? Parece ser que la vida y la fe en la iglesia local se reduce, simplemente, a un acto de asistir una o más veces por semana en busca de un supuesto «encuentro espiritual», y no de trabajar para que Dios reine para bien de todos. La realidad nos muestra que distintos modelos de iglesias viven su realidad de acuerdo con las costumbres, hábitos y posturas ideológicas que emanan de la vida cotidiana. Un ejemplo de lo que digo puede verse reflejado en que una determinada congregación, en un contexto de clase media, organiza su vida eclesial de acuerdo con las normas, costumbres e intereses de su propia clase social, y una congregación en sectores populares lo hace de acuerdo a gustos, desafíos, posibilidades y elementos de su relación asimétrica con el poder (cargos, espacios, distribución de roles). Los dos modelos sostienen e imponen con fuerza su condición de clase, antes que el dar lugar al reinado de Dios. ¿Como superar estas realidades de la fe que nuestra gente expresa, y qué lugar ocupa entonces la iglesia local en su respectivo contexto?

Mi reflexión está orientada a pensar que se puede articular esta buena voluntad de congregarse en nombre de Dios con la de colaborar y trabajar juntos en la construcción de un mundo mejor y más justo para todos, es decir, hacer de cada congregación local ese espacio donde se manifieste la presencia de Dios en justicia y equidad. ¿No es acaso esa la utopía del Reino de Dios para la humanidad?

Ruptura, fidelidad y cambio

Estos tres conceptos hacen referencia al pasado y al futuro de la fe cristiana, un buen principio teológico que permite ver a la congregación local en constante proceso de transformación y también reconocer su capacidad de responder a los desafíos del presente sin dejar de lado la fidelidad a sus orígenes. En este sentido, «la iglesia será siempre algo inacabado: un pueblo en peregrinaje, comprometido a trabajar en una serie de talleres, des chantiers, en los que la gente responde conjuntamente al evangelio en las condiciones de su vida cotidiana».² Es que la iglesia local atraviesa distintas etapas en su intento de descubrir su lugar en este mundo, y, como parte de este proceso, desarrolla su propia historia.

¿Que acciones debe generar, entonces, el pueblo cristiano con rostro evangélico en nuestro continente hispano a fin de trazar un camino nuevo en pro de un pueblo que merece vivir un evangelio integral? Ruptura con la tradición «espiritualista» enajenante que reina en varias denominaciones, que tiene la Biblia bajo cautividad, no permitiendo que la misma sea una herramienta hermenéutica para la liberación integral de nuestros pueblos, que perecen por la inoperancia y los intereses mezquinos de sus «líderes». Necesitamos afirmar una nueva espiritualidad para una iglesia peregrina que trabaja en preparar a las personas para ser cristianos en un mundo en guerra, y no soldados que se involucran en una «lucha espiritual», con matices bélicos, por la «paz» del mundo. La iglesia local tiene como tarea preparar a las personas para hacer del acto de congregarse un espacio de práctica de paz y armonía. Este paso tiene su base en la fidelidad a la tradición de resistencia que ha existido dentro de la historia de la fe cristiana en personas y movimientos que han encarnado este ideal, resistiendo las fuerzas totalitarias y creando brechas en los controles hegemónicos de los colonialismos teológicos, que usan los textos bíblicos para legitimar su causa e intereses. En este contexto, la iglesia peregrina está llamada a producir el cambio, es decir, a plantar textos bíblicos entre el pueblo y a trabajar en el abono y cultivo de la fe y la vida, a fin de que llegue el día de los frutos de paz y justicia para una nueva tierra.

Llegará el día...

En ese día no sólo se hablará de la utopía del reinado de Dios entre los seres humanos sino que el pueblo palpará y disfrutará de su presencia amorosa y justa. Ese reinado no se nos impone sino que se descubre. En realidad, Dios está reinando y, tal como ocurrió con Jesús, no hace falta reclamar su Reino por la fuerza, sino apelar al corazón y al uso correcto de la razón. Los discípulos descubrieron este misterio.

¿Que podemos hacer para que ese día sea «hoy» para nuestro pueblo? Crecer en el conocimiento y la práctica de la misión de la iglesia local como «misión integral», para así ejercer una función crítica respecto a la sociedad, una función profética que se comprometa en la defensa de los miembros más débiles de la sociedad y exhorte a todos a practicar la justicia social y económica. ¿Que significa concretamente esto para la vida cotidiana de la congregación local? Significa transformación. El Reino de Dios se hace presente con justicia y equidad, lo cual implica pasar:

- De una situación donde unas pocas personas deciden por el resto de la gente, a organizar la vida en comunidad y recién ahí tomar las decisiones más apropiadas para el bien común, guiados por el Espíritu de Dios.
- De una situación de relaciones desiguales que proponen ciertos líderes, quienes argumentan tener una «dependencia directa» de Dios, a la gestión comunitaria de relaciones igualitarias y saludables.
- De una situación donde hay una mínima relación o cooperación con la comunidad circundante, a una relación de estrecha colaboración con ella —incluida la población pobre y marginada—, sin paternalismo, aprovechando los recursos humanos y materiales para el desarrollo integral de la comunidad.
- De una situación donde «la educación dejó de ser promesa indudable de futuro y reservorio de puros valores»,³ a la formación de una conciencia crítica frente a los modelos exógenos de educación, que sirven a los intereses del sistema capitalista y hacen del sujeto un objeto de la educación.
- De una situación donde el gobierno o instituciones privadas imparten servicios, y la población permanece pasiva en una actitud infantil o ingenua, a una actitud adulta y responsable, donde la iglesia local, como parte de la comunidad, colabora y participa en el control de la gestión pública.

La gente común espera encontrar en nuestras comunidades la posibilidad de acceder a un evangelio integral, sin tener que someterse al cobro de «nuevas indulgencias» con que la religión evangélica ofrece la gracia de Dios. Hay que reformar nuestras estructuras y convertir nuestras congregaciones en espacios alternativos, espacios donde las personas puedan recuperar su condición de sujeto, apropiarse de las verdades salvíficas del evangelio y generar nuevas comunidades de fe, aun dentro de las estructuras existentes, para que la libertad sea una realidad y la superación de las condiciones de vida sea un hecho. Quien no quiere que Dios reine, quiere tener su propio reino, pierde así el cielo, preparado por Dios para el pueblo.

¹ Franz Hinkelammert, El regreso del sujeto reprimido, UNC, 2002, p. 353.

² Gregory Baum, «El informe Dumont», Concilium No. 243, Verbo Divino, p. 852.

³ Daniel Felman, Ayudar a enseñar, Aique, Buenos Aires, 1999, p. 11.

Arturo Baspineiro

Es argentino, trabaja para la Fundación Kairós y es pastor Bautista. Tiene estudios teológicos a nivel de Licenciatura